

ALGUNAS HIPÓTESIS PARA UNA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA LATINOAMERICANA DEL SIGLO XIX

Friedhelm SCHMIDT-WELLE*

INTRODUCCIÓN

El empleo de las categorías de épocas literarias, igual que el de las generaciones literarias, siempre ha sido problemático por sus generalizaciones y los destiempos de ciertos movimientos o corrientes literarios entre un país y el otro. Aun considerando que las clasificaciones de épocas ofrecen modelos generales para facilitar la tarea en sí difícil de construir una historia literaria concisa, y que son más un instrumento pedagógico que teórico-metodológico, muchas veces las contradicciones internas de esos modelos ponen en duda el sentido de su empleo en nuestra disciplina. No es casualidad, entonces, que la historiografía literaria esté en crisis desde hace ya varias décadas. Las clasificaciones mencionadas se vuelven más problemáticas cuando se trata de la historia cultural de países poscoloniales. El proyecto de la independencia de los países latinoamericanos fue, sobre todo en su versión triunfante, un proyecto de las elites criollas, es decir, de una clase que se pronunciaba a favor de una modernización de acuerdo con los modelos europeos de la época. Al mismo tiempo, la independencia sólo se pudo realizar basándose en una ideología que proponía una separación de la metrópoli y un distanciamiento de las culturas indígenas del continente, respectivamente. En ese contexto de una compleja situación poscolonial, la aplicación de la terminología europea en la historiografía literaria latinoamericana parece poco adecuada. En el presente trabajo, analizo las contradicciones internas de esa aplicación, y propongo una terminología alternativa para una renovación de la historiografía literaria latinoamericana.

* Investigador en Literatura y Estudios Culturales del Instituto Ibero-Americano de Berlín (Ibero-Amerikanisches Institut).

LA CRISIS DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA LATINOAMERICANA

Antes de cumplir con el propósito mencionado en el título del presente trabajo, es decir, formular algunas hipótesis para una renovación de la historiografía literaria latinoamericana del siglo XIX, quisiera, a modo de introducción, hablar un poco de la historia y del *statu quo* de esa misma historiografía. Sostengo que la historiografía literaria está en crisis desde hace varias décadas no solamente en América Latina, pero aquí aplican unas condiciones especiales para fomentar esa crisis, condiciones a las cuales me voy a referir más adelante. Si comparamos la mera cantidad de historias literarias latinoamericanas o nacionales producidas hasta la década de 1980 con la elaboración de textos de ese género a partir de ese momento, nos damos cuenta que, al menos a nivel continental, ya casi no se escriben historias literarias. ¿Por qué el género está en declive?

Primero, y antes de su crisis, la historiografía literaria latinoamericana, y sobre todo la del siglo XIX, ha sido un género exageradamente inocente. Inocente en el sentido de no discutir los avances de la disciplina o sus supuestos ideológicos y teóricos, y más “inocente” incluso por ni siquiera tomarlos en cuenta, es decir, inocente por ignorancia.

Obras, en el sentido de obra orgánica según Lukács (1982), autores y épocas constituyeron los tres pilares para una historia en gran parte positivista que se alejaba cada vez más de cualquier intento de alcanzar rigor teórico o metodológico. Con eso no quiero decir que esa vertiente de la historiografía literaria no tenga ninguna razón de ser. Por supuesto, estoy consciente de que los conceptos de épocas o generaciones literarias (Arrom, 1963), por ejemplo, nacen de la necesidad de ordenar la diversidad o el caos del *corpus* literario en un sistema científico para hacer posible la enseñanza de la diversidad literaria y la pura cantidad abrumadora de los productos de las bellas artes. Pero tal como el género se desarrolló en América Latina entre las décadas de 1950 y 1980, presentó una imagen bastante anticuada de nuestra profesión.¹

¹ Una excepción al respecto es la historia literaria de Jean Franco que, hace más de tres décadas, anunció el carácter introductorio de su historia de la literatura hispanoamericana llamándola *An Introduction to Spanish-American Literature* (1969). Franco al menos intentó liberarse de la simple aplicación de la periodización tradicional propia de algunas literaturas europeas (romanticismo, realismo, naturalismo, etc.) a la literatura hispanoamericana. Otras historias literarias publicadas más tarde, como la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Giuseppe Bellini, en su segunda edición (1985) o la *Historia de la literatura hispanoamericana* en dos tomos coordinada por Luis Íñigo Madrigal (1982-1987), en cambio, aplican esta periodización tradicional a la literatura latinoamericana. Además, en estas historias literarias, la literatura latinoamericana a partir de la conquista se reduce a los autores canonizados de la literatura escrita en español y a la literatura “cultura”.

Lo que sí cambia a partir de los años setenta del siglo pasado es el enfoque regional o espacial. Debido en parte a las esperanzas revolucionarias en el continente posteriores a la Revolución cubana y en parte a la política cultural de la UNESCO, que trata de definir las grandes regiones culturales del mundo encargando a los especialistas escribir la historia de las mismas y de su literatura, su arte, etc., los historiadores de la literatura ya no se ocupan en primera instancia de las historias literarias nacionales sino de las de América Latina y el Caribe.² Pero la crisis del género no se debe a la definición o la limitación espacial de las historias literarias sino a la falta de una perspectiva que se abra a los saberes de la teoría cultural latinoamericana y a los estudios culturales que se basan en la larga historia de la crítica culturalista de América Latina. Además, el cuestionamiento de la modernidad y los debates sobre posmodernidad muchas veces desembocan en una relatividad absoluta que no facilita la escritura de textos de un género que tradicionalmente se caracteriza por poner énfasis en la cronología y un supuesto universalismo de sus categorías y de su narrativa.

Incluso un proyecto de la magnitud de *The Cambridge History of Latin American Literature* en tres volúmenes, editado por Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker (1995), no puede escaparse del problema central de la historiografía literaria latinoamericana, es decir, su periodización según los modelos europeos basados en épocas literarias. Mientras las historias literarias latinoamericanas habían mantenido esa clasificación, los editores de la *Cambridge History*, para no confrontarse con ese problema, optaron por una subdivisión en capítulos sobre distintos géneros (poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, literatura popular) en los cuales la periodización se estableció mediante la lógica interna del desarrollo de los respectivos géneros que de esa manera se autonomizaron o incluso se descontextualizaron. No es sino hasta la primera década del siglo XXI que se publica una historia literaria tan ambiciosa como la *Cambridge History* y que de hecho confronta los problemas del género, *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*, editada por Mario J. Valdés y Djelal Kadir (2004). Me voy a ocupar brevemente de esa historia porque quizá es la única que muestra un procedimiento alternativo en comparación con las clásicas historiografías literarias.

² En 1966, la UNESCO dicta en París la resolución no. 3325, a la que siguen las resoluciones no. 3312 y 3321, de 1968 y 1970. Por medio de ellas, se programan una serie de reuniones para estudiar las grandes regiones culturales del mundo y la difusión de los caracteres de cada región en todas las otras. En estas resoluciones, América Latina y el Caribe son consideradas una región sobre la que se planea publicar diversos volúmenes como son *América Latina en su cultura*, en su literatura, en sus artes, etc. La UNESCO encarga a varios expertos a quienes se pide tratar de “encarar sus trabajos a partir de este concepto de unidad”, según Fernández Moreno, 1972: 17. Cf. también Aguilar, 2001: 73, nota 7.

¿Qué motivos puede haber para publicar hoy en día otra historia literaria? En primer lugar, tendría que ser “otra” y no simplemente una más. Mario Valdés lo declara en el título mismo: no se trata de una historia literaria, sino de una historia de las culturas literarias. No se inscribe, entonces, en la línea de las historias literarias tradicionales, sino explícitamente en la de la crítica cultural latinoamericana, sobre todo en la de Pedro Henríquez Ureña (1964). Además, los editores ya no pretenden homogeneizar las distintas tradiciones literarias del subcontinente (las culturas europea, indígena y africana y las de varias minorías en cada Estado nacional), sino que las perciben como un “flujo heterogéneo”. Por eso quieren presentar “una historia de la heterogeneidad cultural” en América Latina (Valdés y Kadir, 2004, I: xvii).

Se consideran los saberes de otras disciplinas (sociología, historia intelectual, lingüística, geografía cultural, etc.). *Literary Cultures of Latin America* da especial importancia al imaginario cultural. Y la literatura (en el muy amplio sentido en que se emplea el término en esa historia) es uno de los elementos claves de ese imaginario, sobre todo en el contexto de la ciudad letrada en América Latina. Sólo a partir de la década de los setenta del siglo XX se ha reconocido la importancia de rituales y celebraciones de las culturas orales y populares (o de los performances en general) y la de los medios masivos (sobre todo de la televisión) para ese imaginario. Además, la literatura se contextualiza en su ámbito socio-cultural, político y socio-económico, y se pone énfasis en su base material y en la literatura como proceso. En este sentido, los editores y autores consideran la tradición del pensamiento culturalista latinoamericano, que parece haber sido demolida por los trabajos del deconstructivismo con su anclaje a las textualidades o literariedades. Al mismo tiempo, *Literary Cultures* se abre a los estudios culturales que tratan de redefinir el lugar y la importancia de lo literario en el contexto de la producción de otras prácticas simbólicas. Además, se retoma la idea de escribir una historia literaria “latinoamericana”, que se había manifestado en los intentos fracasados de los años ochenta del siglo pasado y cuyos prolegómenos se publicaron en varios tomos coordinados por Ana Pizarro (1985, 1987, 1993-1995).

Se analizan las retóricas del nacionalismo, la cuestión de la ciudadanía, las identidades, los discursos religiosos y científicos, las literaturas orales, el teatro y otros performances teatrales (fiestas, etc.). Y una sección está dedicada al análisis de las culturas populares, lamentablemente sin establecer una distinción concreta entre cultura popular, cultura de masas e industria cultural. El segundo volumen se dedica en parte a un tema poco tratado en la historiografía literaria latinoamericana: la institucionalización de la literatura y su carácter de institución, en el sentido en que lo había definido Peter Bürger (1974). Orienta el enfoque hacia la base material de la literatura analizando la

historia del libro y la formación del público lector, el periodismo, la traducción, las instituciones de la educación media y superior, las sociedades literarias, los festivales, las bibliotecas, los museos, la promoción y la censura estatales. Falta en esta parte una historia de las editoriales y de las demás instituciones que llevan a cabo eventos literarios como los centros culturales, por ejemplo, pero se cumple el afán de escribir una historia de las culturas literarias más allá de la mera literariedad.

En el último volumen de esa historiografía se discute la función de la literatura en cuanto agencia de discursos hegemónicos y de resistencia cultural, y se la reinscribe en el contexto político e histórico de América Latina, para abrir perspectivas que permitan revivir la historiografía literaria más allá de sus esquemas tradicionales. Se muestra la multiplicidad de los lugares de enunciación, y se deconstruyen los discursos monológicos dominantes en la construcción de identidades culturales. De esa manera se abren nuevas perspectivas para una renovación del género. Lo más importante de ese proyecto es, me parece, que no se basa en la periodización tradicional metropolitana, sino en la tradición culturalista propia de América Latina. Transgrede, entonces, los límites de la historiografía literaria anterior y construye un puente entre ésta y la historia cultural, considerando en primera instancia la historia cultural de la región y sus modelos teóricos en vez del apego a la colonialidad de los saberes que caracteriza las historiografías que se basan en los modelos europeos.³

LA PERIODIZACIÓN TRADICIONAL DE LA HISTORIA LITERARIA DECIMONÓNICA

Después de ese breve diagnóstico de la situación de la historiografía literaria en y sobre América Latina, quisiera regresar a algunos aspectos de la periodización de la literatura que me parecen cruciales para el posible futuro de una historiografía literaria renovada.

³ Por razones de tiempo y espacio, no me puedo ocupar de otro aspecto de la historiografía literaria de América Latina que tiene que ver con esos dos megaproyectos; por eso nada más quiero mencionarlo: me parece altamente significativo que los dos proyectos más ambiciosos de escribir una historia literaria de todo el continente realizados en los últimos veinte años se publican en inglés, y una de ellas se traduce —o en muchos casos sus contribuciones se retraducen— al español unos años más tarde. La versión en español de la *Cambridge History* se publica en 2006, *Literary Cultures* todavía no se ha publicado en español, a pesar de que la mayoría de sus artículos han sido escritos originalmente en ese idioma.

Para una crítica similar a la que he formulado en las páginas anteriores del presente artículo, cf. Pulido Tirado, 2010.

Creo que la periodización tradicional es uno de los problemas más graves de la historiografía literaria y una de las mayores causas de su crisis. Por lo general, los autores de historias literarias tanto nacionales como hispano o latinoamericanas emplean los criterios y las nociones europeas para caracterizar las épocas literarias. Este empleo generalizado de las épocas europeas se realiza sobre todo para definir las épocas de la literatura del siglo XIX. No cambia hasta el momento del auge del modernismo hispanoamericano a fines del XIX y comienzos del XX.

En la mayoría de las historias literarias se emplean los términos de neoclasicismo, romanticismo, realismo y naturalismo en el mismo orden de sucesión que en Europa, o bien se usa el concepto de “generación literaria”, muy de moda entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX (Arrom, 1963), y se habla entonces de una o dos generaciones románticas. Resultado de ese procedimiento es, en muchos casos, una confusión que puede percibirse como indicio de un malestar de los autores con las nociones de épocas literarias que ellos mismos emplean. Pero más grave es el hecho que de esta manera se introducen nociones descontextualizadas. El caso más emblemático es el del llamado “romanticismo” en América Latina. En las historias literarias tradicionales, el romanticismo se extiende por prácticamente todo el siglo, es decir, desde 1820 hasta 1890, más o menos. La confusión que resulta de esta suposición se manifiesta en términos calificativos como “realismo romántico” (Alegría, 1974: 48-71) o “modelos literarios neoclásico-románticos” (Hölz, 1996). Se clasifica a ciertos autores como románticos, realistas y naturalistas a la vez, o se subordinan las épocas literarias posteriores al romanticismo a ese último, como lo hace, por ejemplo, Emilio Carilla quien afirma que “realismo, parnaso, naturalismo (y posteriormente simbolismo) fueron a menudo absorbidos por el romanticismo y el modernismo, los dos grandes movimientos del siglo pasado” (Carilla, 1974, II: 195).

Si la adopción de la periodización europea fuera un mero intento de clasificación cuantitativa, los problemas de la misma, más allá de la confusión arriba mencionada antes, no serían muy graves. Pero el intento imitativo de periodización tiene consecuencias para la valorización crítica de la literatura latinoamericana decimonónica. Ya en 1893, Marcelino Menéndez y Pelayo, en su introducción a la *Antología de poetas hispanoamericanos*, afirma que los poetas románticos hispanoamericanos imitan en gran parte los modelos europeos, pero —según él— con incorrección gramatical e incoherentes extravagancias. Concluye que el romanticismo en Hispanoamérica es negativo, disolvente, y le niega todo valor literario (Menéndez y Pelayo, 1983: cvii-cxi). En este caso se juzga la literatura hispanoamericana de acuerdo con el grado en que se logra una imitación fiel, “correcta”, de los modelos europeos cuya

estética funciona como punto de partida y referencia indispensable para todo intento de valorización. Hasta en la obra clásica de Emilio Carilla sobre *El romanticismo en la América Hispánica*, el autor afirma que “el romanticismo en Hispanoamérica sigue las líneas generales del romanticismo europeo” (Carilla, 1975, II: 306), y que “evidentemente, no todo fue eco, pero abunda el eco” (1975, I: 71). Claro está que dentro de ese modelo interpretativo, no se considera la existencia de los sistemas literarios “no cultos”, es decir, las literaturas populares y las indígenas. Toda literatura que no se afilia a las categorías de la historia literaria europea simplemente no puede existir —o se reduce a un objeto de estudio folclórico y antropológico.

Otra consecuencia de la adopción de la periodización europea es la afirmación del asincronismo de las épocas literarias latinoamericanas en general y de la literatura romántica en especial. En casi todas las historias literarias, se habla del “romanticismo tardío” en el subcontinente (Álvarez, 1970; Varela Jácome, 1987: 93). La crítica literaria se transforma así en el reflejo de las teorías sociológicas de la modernización tardía o del desarrollismo de los años cincuenta del siglo pasado. El problema que surge con esa hipótesis radica en su conexión con la idea de que los escritores latinoamericanos siguen los modelos literarios europeos. Si los autores de las generaciones surgidas entre 1820 y 1890 son románticos, pero al mismo tiempo leen la literatura extranjera de las épocas posteriores al romanticismo europeo, es decir, la del realismo y del naturalismo, ya deben acoger las influencias de esas últimas corrientes y deben reproducir, según ese concepto de la historiografía literaria, los nuevos modelos. En última instancia, ese tipo de interpretaciones sirve para poder manejar las contradicciones inherentes a la aplicación de las épocas europeas a la historiografía literaria latinoamericana sin tener que renunciar al empleo de las mismas.

A eso se puede añadir la falta de institucionalización de la crítica literaria en América Latina por razones económicas e históricas y el afán de aplicar los métodos del “New Criticism” a partir de los años cuarenta y hasta mediados de los sesenta que conducen —y ése sobre todo es el caso de la crítica de la literatura del siglo XIX— a una crítica impresionista o neopositivista con juicios basados en el gusto personal del investigador o en un neopositivismo implícito, crítica que se explaya sobre las biografías de los autores y las tramas de las obras; crítica que, en suma, se conforma con una visión descriptiva y superficial de las obras que “analiza”.

Ese panorama posiblemente hubiera cambiado a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo XX cuando, bajo la influencia de las teorías de la dependencia, se reconoció la necesidad de formular una teoría literaria propiamente latinoamericana (Benedetti, 1972), “de discutir sobre nuevas bases todos los cánones de periodización de la literatura hispanoamericana” (Zuleta,

1988: 217), y de superar los esquemas de periodización eurocentristas de la crítica anterior (218-219). Pero esas décadas coinciden precisamente con el momento de crisis de la historiografía literaria mencionado antes.

ALGUNAS HIPÓTESIS PARA UNA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA DEL SIGLO XIX

No es sino hasta mediados de los años ochenta que las investigaciones sobre la literatura latinoamericana del siglo XIX reciben nuevos estímulos. Por una parte, se impone el reconocimiento de la imposibilidad de analizar la literatura del XIX sin considerar el contexto de la historia de las ideas o historia intelectual como fondo histórico-literario (Hölz, 1988). Por otra, los conceptos de las *national allegories*, de Fredric Jameson (1986), y de las *Imagined Communities*, de Benedict Anderson (1983), funcionan como punto de partida para una serie de interpretaciones que tratan de verificar la posibilidad de su aplicación a la literatura decimonónica, porque en esta última, la conexión inmediata o hasta alegórica entre historia política e historia individual, entre nación y romance, parece ser más obvia que en la literatura contemporánea (Molloy, 1991; Ramos, 1989; Sommer, 1991).

Como fruto de esos nuevos conceptos, se publican algunos trabajos sobre los autores más prestigiosos de la literatura del XIX sin que se resuelva la problemática del *corpus* o del canon de la literatura romántica —y mucho menos el de la periodización. La noción de romanticismo se pasa por alto, o se usa el término romántico para designar algunas características de los textos analizados sin emplear el sustantivo para designar la época literaria.

Ese procedimiento causa la impresión de que sí había literatura romántica en América Latina, pero no una época literaria que se pudiera definir como romanticismo. En ese contexto, son sintomáticos el empleo poco preciso y la ampliación del término romanticismo por Doris Sommer quien afirma lo siguiente: “Cuando se habla de romanticismo en la novela se podría hablar con más especificidad del romance, o sea de la trayectoria narrativa que anhela unir amante con amada. Este es el sentido cotidiano de romance, y tan válido para nuestro análisis como el sentido técnico literario” (Sommer, 1986: 257). A pesar del cambio de enfoque y hasta de paradigma que el trabajo de Sommer implica para una renovación de la crítica de la literatura latinoamericana del XIX, no resuelve el problema de la periodización porque mezcla el empleo científico del término romanticismo con el cotidiano, y después de todo define como romántico al romance y a toda historia de amor, con lo que el término adquiere características ahistóricas y pseudonaturales.

Con base en la crítica de la periodización tradicional de la literatura latinoamericana que he realizado en otras ocasiones (Schmidt-Welle, 2004; 2013), y tomando en cuenta las aportaciones teóricas de Fredric Jameson y Benedict Anderson, y las interpretaciones de Doris Sommer con respecto a las novelas fundacionales, quisiera formular algunas hipótesis sobre la relación entre literatura latinoamericana decimonónica y romanticismo, hipótesis que pueden, a mi modo de ver, funcionar a la manera de un programa mínimo de trabajo para la renovación de la historiografía de la literatura decimonónica:

1. La descripción de la literatura latinoamericana del período de 1820 a 1890 como un mero aspecto de la europea, que se resuelve en el carácter imitativo o dependiente del romanticismo u otras corrientes de esta última, no atiende a los hechos concretos de la historia cultural. Por consiguiente, rechazo la idea de la existencia de un romanticismo tardío o imitativo para la literatura latinoamericana del siglo XIX.

2. Conuerdo con la afirmación de Ignacio Zuleta respecto de que “no existe un conjunto cultural llamado romanticismo en Hispanoamérica que sea reductible sin más al denominado romanticismo internacional o paneuropeo” (Zuleta, 1988). Con eso no quiero negar la existencia de relaciones intertextuales entre el romanticismo europeo, y sobre todo entre el llamado romanticismo social francés, y la literatura latinoamericana del XIX. Pero estas referencias intertextuales se reducen a ciertas ideas y formas literarias, siempre y cuando estén conformes tanto al ideario y a la ideología de los escritores liberales como a la situación sociocultural de los países del continente a partir de la Independencia.

3. Mientras que en el romanticismo europeo el individualismo y el subjetivismo conducen a una crítica y a una rebelión respecto de los valores morales establecidos por la sociedad, en América Latina, los letrados ven en la literatura, y sobre todo en la novela, “el mas [*sic*] poderoso instrumento para propagar la instrucción y la moralidad” (De la Rosa, 1844: 206), y condenan todas las formas de rebelión individual y estética como anarquismo y libertinaje o exageraciones del romanticismo sentimental, respectivamente (Altamirano, 1988: 47-48 y 60-61; Lafragua, 1844: 11). Eso significa que en la literatura latinoamericana del XIX, no hay una revolución estética comparable con la del romanticismo europeo. La imaginación artística no representa en ella la idea central de la estética y de la percepción del mundo. En gran parte, las cuestiones estéticas se subordinan a la idea de la fundación de la nación y con ella la formación de ciudadanos. De allí, el énfasis pedagógico en muchos de los textos decimonónicos en el subcontinente (Schmidt-Welle, 2001).

4. El afán de crear una literatura nacional que no imite los modelos europeos queda en el centro de las preocupaciones definitorias de la literatura latino-

americana tanto en el caso de los escritores liberales como de los conservadores. Su calificación como románticos y clásicos o neoclásicos no es, como en Alemania o Francia, una calificación estética y política, sino exclusivamente política e ideológica.

5. A diferencia de varios países europeos, las literaturas nacionales en América Latina no se pueden definir —a pesar de los intentos que se hicieron para lograrlo— en términos lingüísticos. El hecho de que la lengua común de las literaturas “cultas” en todos esos países sea el español, es decir, el idioma de la clase dominante de la sociedad colonial, intensifica las contradicciones internas del proceso de la tan anhelada “independencia intelectual” (Wentzlaff-Eggebert, 1984).

6. La literatura nacional tampoco se basa, como en el romanticismo europeo, en las tradiciones folklóricas y literarias de los pueblos que viven o vivían en el territorio nacional (Ortega, 1994-1995: 135; Zemskov, 1991: 67-68). A la negación de las tradiciones culturales y literarias autóctonas, negación introducida por la Conquista y sostenida durante la historia colonial (Zea, 1949: 34), se añade más bien la negación de la historia cultural y literaria de la colonia.

7. Como consecuencia de este procedimiento de hacer tabla rasa de la historia política, cultural y literaria antes de la Independencia, es decir, de la negación de la tradición, se tienen que introducir nuevas bases temáticas y formales para la literatura. En vez de construir un pasado mítico o buscar los orígenes de la nacionalidad, los letrados fundan la literatura nacional en la historia contemporánea, la naturaleza americana, las costumbres de la época actual, y en la construcción y afirmación de un portador ideal e idealizado de la conciencia étnica y nacional. De ahí el rechazo del encanto con la Edad Media y los asuntos caballerescos, encanto tan frecuente en el romanticismo europeo. De ahí la condena de la poesía religiosa que se asocia con la tradición medieval cristiana a diferencia del “ateísmo” de la Ilustración y las influencias de la Antigüedad en el clasicismo. De ahí también la ubicación de la mayoría de las novelas “históricas” del siglo XIX en la historia contemporánea, mientras que las novelas históricas románticas en Europa, como las de Walter Scott y Víctor Hugo, por ejemplo, tratan temas de la historia medieval. (Las primeras, entonces, y al pie de la letra, son más bien *nouvelles* que novelas históricas.)

8. La representación literaria de la naturaleza americana funciona en la narrativa latinoamericana del XIX como afirmación de la diferencia y en ese sentido de su carácter nacional o continental respectivamente. Al mismo tiempo, se trata de encontrar una posibilidad de reconciliación entre naturaleza, individuo y sociedad y el proceso de modernización de esta última. En ese sentido, el proyecto utópico de una nación y de una identidad nacional homogéneas se constituye como intento de armonización y, en última instancia, de

unificación del sujeto emancipado con la modernización del Estado poscolonial en consonancia con la naturaleza. En cambio, en el romanticismo europeo, la naturaleza se describe como un todo viviente que influye en los sentimientos y en la autodefinición del sujeto, es decir, como espejo del alma, pero además como contraproyecto al proceso de la modernización, urbanización e industrialización, proceso ausente en las sociedades latinoamericanas de la época.

9. Mientras que el romanticismo europeo se caracteriza por su rebelión individual, social y estética contra el orden establecido por la sociedad de la época, y por la preponderancia del sentimiento sobre la razón, la literatura latinoamericana que tradicionalmente se denominó romántica trata de establecer un orden armónico social y reordenar las relaciones entre individuo y sociedad. La asociación de la libertad con el orden que establecen los criollos a partir de la Independencia conlleva la condena de toda rebelión individual tan frecuente en el romanticismo europeo. Se distingue “entre *la libertad* entendida como goce casi estético consubstanciado con el heroísmo [...] y *el libertinaje* entendido como perversión y negación de la libertad, asociable con la guerra civil que era símbolo del no orden” (Carrera Damas, 1994: 70).⁴ En ese sentido, el romanticismo social —y no el estético— funciona como legitimación para el criollo en su afán de no identificar la libertad con el desbordamiento de las masas populares. Por eso, en cuanto al contenido de las novelas del liberalismo, “se trata de novelas tímidamente reformistas, en las que no tienen lugar las pasiones desbordadas ni la crítica de las instituciones vigentes” (Ruedas de la Serna, 1985: 71).⁵

NOCIONES ALTERNATIVAS PARA UNA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA Y CULTURAL

Quisiera proponer brevemente algunas categorías o nociones alternativas para caracterizar la literatura latinoamericana que tradicionalmente se ha definido como romanticismo. Voy a comenzar con la noción de “liberalismo sentimental”.

En otras ocasiones destacué las diferencias entre el liberalismo latinoamericano y el romanticismo europeo en cuanto a la representación simbólica de la naturaleza y la tradición histórica (Schmidt-Welle, 2003, 2004, 2013). Llegué a la conclusión de que el término romanticismo no nos ayuda a entender

⁴ El subrayado es del original.

⁵ Ese juicio de Ruedas de la Serna se refiere al caso de la literatura mexicana, pero se podría aplicar de igual manera a otras literaturas latinoamericanas.

los procesos culturales y literarios latinoamericanos del siglo XIX. Teniendo en cuenta, por otra parte, la adhesión de los intelectuales liberales al liberalismo y al romanticismo social francés, propongo emplear la noción de liberalismo sentimental, introducida hace tiempo por Leslie Fiedler para la interpretación de la literatura estadounidense del siglo XIX en su *Love and Death in the American Novel*.⁶ Esta noción fue aplicada parcialmente al contexto latinoamericano por Beatriz González-Stephan (1986, 1987: 138-145)⁷ quién, después de insistir en la autonomía del proceso literario en el sentido de un sistema discursivo (1987: 145), habla de “liberalismo literario” —en lugar de “liberalismo sentimental”— para caracterizar la literatura latinoamericana del siglo XIX. Según González-Stephan,

Lo que se conoce como “Romanticismo”, período que se extiende desde la Emancipación política (aproximadamente 1830) hasta el “Modernismo” (1880), presenta en América Latina un tipo de especificidad, siendo tal vez más adecuado y viable hablar del “período del liberalismo literario” (con sus variables correspondientes), que, aunque corresponda a un criterio de carácter ideológico, permite articular en forma más apropiada aquellas modelizaciones literarias —como el Romanticismo, el Realismo, el Naturalismo— que en la práctica se vieron mezcladas y superpuestas tanto a nivel de las mismas obras como en las tendencias estéticas que, a despecho de la disposición lineal y sucesiva que las historias literarias entregan, mantuvieron una co-existencia durante este lapso (1986: 29).

En comparación con la noción del “liberalismo literario”, el término “liberalismo sentimental” permite destacar mejor, a mi modo de ver, la tensión entre el programa de emancipación político-ideológica de la elite criolla, por una parte, y la subordinación de la revolución estética del romanticismo europeo a los objetivos ideológicos de estas elites, por la otra, porque se refiere, aunque sea implícitamente, a modelos literarios sentimentales que deben servir a manera de una estabilización de las relaciones sociales (y sexuales) en sociedades poscoloniales. Al mismo tiempo, quiero enfatizar que lo que

⁶ Fiedler entiende esta categoría en un sentido estético, psicológico e ideológico a la vez: “White Romanticism is, then, closely related to the genteel Sentimentalism we have already had occasion to notice. Both, certainly, have a peculiar affinity for the middle-class, Anglo-Saxon mind, and both reject tragedy and sexual passion” (1960: 150). En su libro, predomina la interpretación psicológica del liberalismo sentimental. La resistencia en contra de la tragedia y la pasión sexual, dicho sea aparte, se podría encontrar también en los escritores liberales latinoamericanos del XIX, es decir, en los criollos.

⁷ González-Stephan no habla de liberalismo sentimental, sino de liberalismo literario. Pero como en Fiedler, esta noción implica una resemantización de las nociones de “romanticismo” o de “romance” en el contexto histórico de sociedades poscoloniales.

entiendo yo por “liberalismo sentimental” no solamente incluye la literatura que tradicionalmente se ha denominado “sentimental”. Creo, más bien, que el liberalismo sentimental se inscribe en una historia mucho más amplia de los sentimientos, tal como la ha planteada Peter Gay (1984-1995) para otro contexto histórico.

Y con eso llego a una segunda noción que se refiere a la historia poscolonial de las culturas latinoamericanas: la ruptura con las tradiciones históricas y culturales de la Colonia y del mundo indígena en el liberalismo sentimental latinoamericano no significa la creación de una tradición de la ruptura, como la ha denominado Octavio Paz en *Los hijos del limo* (1998) para caracterizar el elemento decisivo de la modernidad estético-literaria, modernidad que, según Paz y otros críticos, comienza con el romanticismo. Por eso, para América Latina me parece más adecuada la fórmula liberalismo sin romanticismo, ruptura con la tradición sin tradición de la ruptura. Esa falta de una tradición de la ruptura se puede relacionar, a mi modo de ver, con las contradicciones internas de la modernidad estética y cultural características de las sociedades latinoamericanas. El desfase de la introducción de esa modernidad cultural, es decir, la simultaneidad de lo no simultáneo, y su imposición parcial que se percibe aún hoy en día, llevan a la especificidad de la situación poscolonial de América Latina, especificidad que la distingue de otras sociedades poscoloniales. En otras palabras: son la ruptura con la tradición sin tradición de la ruptura y la simultaneidad de lo no simultáneo que caracterizan al liberalismo sentimental como práctica simbólica.

Por supuesto, tengo conciencia de los problemas que surgen con la introducción de la noción de “liberalismo sentimental” en el contexto de la crítica literaria y cultural latinoamericana. Hasta ahora, el término “liberalismo” se refiere, ante todo, y como lo ha destacado Beatriz González-Stephan, a procesos políticos e ideológicos y no estéticos, y siempre es un riesgo aplicar categorías provenientes de otras disciplinas. Por eso, me parece importante señalar que el uso que hago del término “liberalismo” no coincide exactamente con el uso que se hace de él en las ciencias sociales. La ventaja del término para su aplicación al contexto antes descrito es sin duda la de mostrar los intereses específicos que guían la recepción de modelos europeos tanto estéticos como político-ideológicos por parte de las elites criollas en América Latina. La desventaja consiste en el riesgo de menospreciar la dimensión estética o más estrictamente literaria en la misma categoría “liberalismo sentimental”. En ese sentido, el término “liberalismo” se tendría que reformular y resemantizar para hacer uso de él en el análisis de las representaciones literarias y culturales en el contexto de la situación poscolonial de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Gonzalo (2001), “Ángel Rama y Antonio Candido: salidas del modernismo”, en ANTELO, Raúl (ed.), *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana-Universidad de Pittsburgh, 71-94.
- ALEGRIA, Fernando (1974), *Historia de la novela hispanoamericana*. México: De Andrea.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1988), “Carta a una poetisa”, en *Obras completas: Escritos de literatura y arte*. Vol. XIII, Tomo II. México: Secretaría de Educación Pública, 42-69.
- ÁLVAREZ, Federico (1970), “¿Romanticismo en Hispanoamérica?”, en *Actas del Tercer Congreso de Hispanistas, celebrado en México*. México: El Colegio de México, 67-76.
- ANDERSON, Benedict (1983), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- ARROM, José Juan (1963), *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- BELLINI, Giuseppe (1985), *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Castalia.
- BENEDETTI, Mario (1972), “Temas y problemas”, en FERNÁNDEZ MORENO, César (ed.), *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores, 367-371.
- BÜRGER, Peter (1974), *Theorie der Avantgarde*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- CARILLA, Emilio (1975), *El romanticismo en la América Hispánica*. 2 tomos. Madrid: Gredos.
- CARRERA DAMAS, Germán (1994), “La auyama no es una especie de calabaza americana, ni la calabaza es una especie de auyama europea. (Aspectos histórico-críticos del romanticismo latinoamericano referidos al caso de Venezuela)”, en WENTZLAFF-EGGEBERT, Christian (ed.), *Spanien in der Romantik*. Köln, Weimar, Wien: Böhlau, 59-73.
- FERNÁNDEZ MORENO, César (ed.) (1972), *América Latina en su literatura*. México: UNESCO, Siglo XXI.
- FIEDLER, Leslie A. (1960), *Love and death in the American novel*. New York: Criterion Books.
- FRANCO, Jean (1969), *An Introduction to Spanish-American Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GAY, Peter (1995), *The bourgeois experience: Victoria to Freud*. 4 volúmenes. New York, Oxford: Oxford University Press.

- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto y PUPO-WALKER, Enrique (eds.) (1995), *The Cambridge history of Latin American literature*. 3 volúmenes. New York: Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (1986), “Del liberalismo romántico al idealismo solipsista. *Diario de una loca* (1875) de José Victorino Lastarria”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XI. 26: 27-44.
- (1987), *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro ([1945] 1964), *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HÖLZ, Karl (1988), “Thematische Einführung”, en HÖLZ, Karl (ed.), *Literarische Vermittlungen: Geschichte und Identität in der mexikanischen Literatur*. Tübingen: Niemeyer, vii-xii.
- (1996), “Ästhetische Divergenz und fraternitäre Sozialgemeinschaft in Mexiko. Klassizistisch-Romantische Literaturmodelle und die Neuordnung der Gesellschaft nach dem Interregnum (1863 – 1867)”, en GARBER, Klaus; WISMANN, Heinz y SIEBERS, Winfried (eds.), *Europäische Sozietätsbewegung und demokratische Tradition. Die europäischen Akademien der Frühen Neuzeit zwischen Frührenaissance und Spätaufklärung*. Tomo I. Tübingen: Niemeyer, 639-665.
- IÑIGO MADRIGAL, Luis (ed.) (1987), *Historia de la literatura latinoamericana*. Tomo II. Madrid: Cátedra.
- JAMESON, Fredric (1986), “Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism”, *Social Text*, 15: 65-88.
- LAFRAGUA, José María (1844), “Carácter y objeto de la literatura”, *El Ateneo Mexicano*, I: 8-11.
- LUKÁCS, Georg ([1911] 1982), *Die Theorie des Romans. Ein geschichtsphilosophischer Versuch über die Formen der großen Epik*. Darmstadt, Neuwied: Luchterhand.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1893), “Introducción”, en REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (ed.), *Antología de poetas hispanoamericanos*. Tomo I. Madrid: Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, i-clxxxii.
- MOLLOY, Silvia (1991), *At face value. Autobiographical writing in Spanish America*. Cambridge, New York: Cambridge University Press.
- ORTEGA, Julio (1994/1995), “Formación nacional, cultura y discurso literario en el siglo XIX hispanoamericano”, *Nuevo Texto Crítico*, VII.14/15: 129-146.
- PAZ, Octavio (1998), “Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia”, en *Obras completas*. Vol. 1. México: Fondo de Cultura Económica, 321-484.
- PIZARRO, Ana (ed.) (1985), *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- (coord.) (1987), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, Caracas: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- (org.) (1993-1995), *América Latina. Palavra, literatura e cultura*. 3 volúmenes. São Paulo, Campinas: Fundação Memorial da América Latina, UNICAMP.
- PULIDO TIRADO, Genara (2010), “La historiografía de la literatura en Latinoamérica y el Caribe: desde el positivismo hasta el marxismo y el comparatismo cultural”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, XXXIX: 227-249.
- RAMOS, Julio (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ROSA, Luis de la (1844), “Utilidad de la literatura en México”, *El Ateneo Mexicano*, I: 205-211.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge Antonio (1985), “La novela romántica como documento de interpretación para la historia de las ideas en el siglo XIX”, *Revista de Historia de América*, XCIX: 63-72.
- SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (2001), “Harriet Beecher Stowe y Clorinda Matto de Turner: escritura pedagógica, modernización y nación”, *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, I. 4: 133-146.
- (2003), “El liberalismo sentimental hispanoamericano”, en SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert, 317-336.
- (2004), “Romanticismo/s y formación de la literatura nacional en México. Algunas hipótesis sobre la historia literaria del siglo XIX”, en GRUNWALD, Susanne; HAMMERSCHMIDT, Claudia; HEINEN, Valérie y NILSSON, Gunnar (eds.), *Pasajes. Passages. Passagen. Homenaje a / Mélanges offerts à / Festschrift für Christian Wentzlaff-Eggebert*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Universität zu Köln, Universidad de Cádiz, 599-610.
- (2013), “Románticos y neoclásicos. Proyecciones y límites de dos conceptos europeos en México y Centroamérica”, en CARRILLO ZEITER, Katja y WEHRHEIM, Monika (eds.), *Literatura de la Independencia, independencia de la literatura*. Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert, 67-78.
- SOMMER, Doris (1986), “El romance como política”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XI.24: 257-261.
- (1991), *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- VALDÉS, Mario J. y KADIR, Djelal (eds.) (2004), *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. 3 volúmenes. New York, Oxford: Oxford University Press.

- VARELA JÁCOME, Benito (1987), “Evolución de la novela hispanoamericana en el XIX”, en IÑIGO MADRIGAL, Luis (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo II. Madrid: Cátedra, 91-133.
- WENTZLAFF-EGGEBERT, Christian (1984), “Literatura americana o literatura nacional: problemas de legitimación después de la Independencia”, en BUISSON, Inge; KAHLE, Günter; KÖNIG, Hans-Joachim y PIETSCHMANN, Horst (eds.), *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica. Lateinamerikanische Forschungen*. Vol. 13. Köln, Wien: Böhlau, 279-287.
- ZEA, Leopoldo (1949), *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica (Del romanticismo al positivismo)*. México: El Colegio de México.
- ZEMSKOV, Valeri Borisovich (1991), “Proceso y coincidencia de la formación étnica y nacional de la cultura latinoamericana del siglo XIX”, en PICON GARFIELD, Evelyn y SCHULMAN, Iván A. (eds.), *Contextos. Literatura y sociedad latinoamericanas del siglo XIX*. Urbana, Chicago: University of Illinois Press, 66-72.
- ZULETA, Ignacio (1988), “Nota para una revisión del romanticismo americano”, en ROSENBERG, John R. (ed.), *Resonancias románticas: Evocaciones del romanticismo hispánico*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 217-228.